



RE
LA
TOS
G
RTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s

PREMIO DE RELATOS CORTOS

LOS MONEGROS

2014 y 2015



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros

Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena

E-mail: ieim@monegros.net

Depósito legal: HU. 290-2015

Imagen portada: Cartuja de Ntra. Sra. de las Fuentes

Fotografía: Fernando Biarge

Web relatos cortos:

www.losmonegros.com/sitios/relatos

Componentes del jurado:

Jesús Brau Grasa

José Ángel Sánchez Ibáñez

Miguel Ángel Ordovás Mateo

Óscar Sipán Sanz

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
1.º PREMIO 2014 <i>Fernando Villamía Ugarte</i> «Polaroid»	7
MEJOR RELATO MONEGRINO 2014 <i>Francisco Tobajas Gállego</i> «El correo de Bujaraloz»	23
1.º PREMIO 2015 <i>Vicente Marco Aguilar</i> «El desorden de los números cardinales»	41
2.º PREMIO 2015 <i>Elena Marqués Núñez</i> «La fuerza silenciosa de la lluvia»	59

Presentación

Un total de 636 relatos procedentes de 20 países concursaron en la decimoséptima edición del Certamen de Relatos Cortos «Tierra de Monegros», lo que supone un nuevo récord de participación y un incremento de su internacionalización. Entre ellos, dos merecieron ser finalistas tras la selección y deliberación realizada por el jurado, cuya ardua y eficaz labor hay que destacar y agradecer. Son las obras que presentamos en este libro, que incluye, asimismo, el relato ganador de la pasada edición y la mención especial «Mejor Relato Monegrino 2014».

La Comarca de Los Monegros publica este libro con el objetivo de reunir los relatos premiados y contribuir a la difusión de esta iniciativa cultural, por la que continuamos apostando. Una iniciativa que a lo largo de sus 17 ediciones se ha consolidado como una importante herramienta de promoción para Los Monegros y un medio de difusión cultural de reconocido prestigio. El certamen continúa su línea ascendente gracias a los escritores que cada año desde lugares cercanos y también desde los rincones más lejanos envían hasta Los Monegros sus originales, confiando en el rigor de la organización y buscando la cada vez mayor repercusión que genera.

Sin duda, la lectura de sus obras es la mejor manera de reconocer el trabajo de estos creadores, enriquecido con el silencio, el paisaje y los colores de Los Monegros en cada frase y en cada página abierta de este libro que le invitamos a descubrir.

Rafael Uriol

Consejero Comarcal de Educación y Cultura



PRIMER PREMIO 2014

Polaroid

Fernando Villamía Ugarte

Fernando Villamía Ugarte

Fernando Villamía Ugarte es catedrático de instituto de Lengua y Literatura Españolas. Pero desde siempre ha sentido la necesidad de agregar al mundo algunos personajes de ficción, algunas vagas quimeras y el orden suntuoso de los sueños. Por eso escribe. Ha obtenido numerosos premios literarios. Entre los más destacados, en lo que al ámbito del relato se refiere, cabría mencionar algunos como el XXX Concurso Hucha de Oro (2002), el Premio Gabriel Miró (2008), el Premio Internacional de Cuentos Max Aub (2013), el Premio Internacional de Relato Corto Encarna León (2013), así como el Premio Tierra de Monegros (2014) o, de forma más reciente, el Premio de Relatos Antonio Segado del Olmo-Villa de Mazarrón, en su última edición (2015). En el ámbito de la novela, su obra *Judith y Holofernes* resultó recompensada con el Premio Felipe Trigo de Novela, y hace unos meses resultó finalista del último Premio Azorín de novela.

Polaroid

Fernando Villamía Ugarte

A mí me encanta hablar con mi hermana, no tanto por lo que dice como por lo que hace. Es una de esas personas a las que les suceden tantas cosas, que parecen vivir varias vidas a la vez. Y contagian esa vitalidad con su simple cercanía. Cuando uno se pone al alcance de su irradiación, se siente más vivo y más ligero. Por eso me gusta charlar con ella. Además, cuando habla, mueve mucho los labios y las manos, y en los dientes le brillan chispas de sol, y esa luz embellece las palabras.

Sin embargo estos días Marta flotaba ensimismada en una turbia bruma de aislamiento, y coqueteaba con la ausencia y el silencio. Apenas hablaba, y, cuando lo hacía, se encerraba en una melancolía monosilábica que resultaba aún peor. Su presencia entre nosotros se había diluido un poco, y era como si el corazón de la casa latiera más despacio. Anteayer por la noche entré a su cuarto y, en lugar de salir fortalecido y tonificado como solía ocurrir, volví a mi habitación baldado de tristeza y empachado de silencios.

Algo le ocurría, era evidente, pero estaba tan acostumbrado a su dicha, que me resultaba difícil

preguntarle por su pena. Así que esa misma noche al ponerme el pijama me picaron en la espalda los remordimientos y supe que la culpa iba a estropearme el sueño. Me levanté, y toqué en su puerta. Tomé su sí desganado como una invitación y me senté en su cama.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, con esa delicadeza que obliga a mi padre a bromear conmigo diciéndome que cualquier día me nombran miembro honorario del cuerpo diplomático.

—Nada —contestó ella.

—¿En serio no quieres contármelo?

—No.

Pero en aquel no ya venían empezadas las ganas de contar, y yo me acomodé un poco mejor a los pies de la cama. Se me estaban quedando los pies fríos.

—Es por la cámara —empezó.

La cámara había entrado en casa el día del cumpleaños de mi hermana. El abuelo había leído en el periódico que los de Polaroid iban a sacar de nuevo película para sus antiguas cámaras, y desempolvó su vieja SX-70, aquella réflex capaz de hacer fotos instantáneas, la envolvió cuidadosamente y se la presentó a mi hermana, seguro de que le iba a encantar. Acertó de pleno. Marta estaba entusiasmada. Fue el único regalo que de verdad la conmovió. Y es que estaba fascinada con la fotografía. Decía que quería fotografiar lo que está, pero no se ve: los presagios, las presencias intuidas, la inminencia de algo. Sorprender la imagen de esas presencias reales, cuya existencia todos sentimos, pero ninguno apresamos. Eso quería. Y la Polaroid era perfecta para eso.

El problema era que el abuelo apenas llegaba a fin de mes, y le regaló la cámara, pero sin película. «Vale

más de veinte euros y...», fue todo lo que dijo. Marta sorteó la decepción con un beso, y esperó. Con el dinero recaudado en el cumpleaños había comprado la película, que en efecto era carísima. Y decidió emplearla solo para fotos perfectas, para fotos que no solo captaran algo, sino que perturbaran con lo que contenían. Fotos que reflejaran lo que no se puede fotografiar.

Esa noche me explicó toda su teoría y todas sus aspiraciones y, por un momento, la vi tan entusiasta y viva como la Marta de antes de la melancolía, como si el mero hecho de hablar la hubiera curado de todo. Pero no. Cuando acabó de hablar, notamos otra vez la crecida de la tristeza en la habitación y sus palabras se quedaron mustias y suspendidas de una rara pesadumbre. Se levantó, se acercó a la estantería y, de detrás de los libros, sacó un sobre. Extrajo su contenido, y lo lanzó hacia mi parte de la cama.

—Son las únicas que he hecho —dijo.

Las miré y me quedé helado. La primera foto era del tío Antonio; era él, sin duda alguna, pero como sucio, como manchado ya por la muerte que poco después le sorprendió. Allí estaba con su sonrisa escéptica, sus pelos en las orejas y una mirada espectral que daba miedo. En su cara tiritaba una suerte de desamparo, una demacrada ausencia, como si su más verdadero ser se hubiera retirado para siempre de su rostro. Marta me dijo que había hecho la foto en el jardín de casa, pero el fondo contra el que se proyectaba la figura del tío Antonio era un paisaje sonámbulo, una especie de bruma grisácea atravesada por una luz inmaterial y borrosa. Había algo sobrecogedor en ella. Y si alguien me hubiera preguntado por una imagen de la tristeza, habría escogido sin duda esa foto.

La otra era un retrato de la madre de Megan, una amiga de Marta. También ella era reconocible, y en la imagen se imponía su pelo hecho de seda y viento y aquella belleza frutal y retadora que aún suscitaba ensoñaciones raras entre los hombres. Era su pelo, su boca escueta de labios finos, su nariz osada y respingona. Pero había también una escarcha triste en su mirada, una suerte de furia vencida en que se adivinaba el embrión del desaliento. Y en el fondo de la foto latía de nuevo esa luz lacia y desvaída que daba a la figura un desvalimiento general, una especie de zozobra.

—¿Te das cuenta? —dijo Marta—. He fotografiado la inminencia de la muerte, quizá la muerte misma.

Los dos nos quedamos callados porque lo que estábamos pensando no cabía en las palabras, en ninguna palabra posible.

—Hice la foto del tío, y a las cuarenta y ocho horas murió —y levantó la mano para callarme antes de que hablara—. Ya sé que me vas a decir que estaba enfermo y todo eso; pero llevaba mucho tiempo enfermo y nada hacía pensar que fuera a morir tan pronto. Y la madre de Megan...

—Eso fue un accidente —corté, antes de que me lo impidiera.

—Ya sé que fue un accidente; pero está muerta. A los dos días de que yo le hiciera la foto —hizo una pausa, y el silencio se volvió solemne—. Yo creo que es la cámara.

—¿Cómo la cámara?

—La cámara, la cámara con la que hago las fotos; la que me regaló el abuelo. Yo creo que está maldita.

—¡No digas chorradas, Marta!

Se quedó callada, pero con un silencio rencoroso y triste. Se sentía abatida y dominada por una fuerza que no lograba controlar. Yo no solía discutir con ella, porque perdía todas las discusiones. Pero, al verla así, decidí continuar.

–Lo que te pasa es que estás muy afectada y te da por pensar cosas raras.

–Que es la cámara –insistió ella.

–¡Marta!

–Ya sé que parece absurdo, no creas que no lo he pensado yo primero miles de veces. Y no creas que no me está costando trabajo decírtelo ahora mismo. Sí, sí, no me interrumpas ahora, por favor. Ya sé que vas a pensar que me he vuelto loca, porque yo pensaría lo mismo de ti si te presentaras con esto. Pero lo que es seguro es que voy a volverme loca si no se lo cuento a alguien, pero loca de verdad. Tú solo escucha, por favor. Parece absurdo, parece delirante, y lo sé, pero estoy convencida de que la cámara tiene algo, no sé, maldito o raro o como quieras llamarlo; pero algo que causa desgracia. Ya está, ya lo he dicho, y quiero que se quede ahí, sin comentarios, sin nada, ¿vale?

Creí que iba a llorar, pero se contuvo. Y entonces se me ocurrió la idea, y de inmediato se la propuse. Podíamos probar con el canario que mamá alimentaba en la jaula de la cocina. Marta se negó al principio alegando que el pobre bicho no tenía culpa alguna. Pero, al final, accedió.

Esperamos a estar solos en casa. Y, con un sigilo que procedía de la mala conciencia más que de la innecesaria cautela, nos acercamos a la jaula del pobre pájaro. Al ver a Marta temblorosa, me ofrecí a hacer la foto. Pero ella se negó.

—Tengo que ser yo. No podemos cambiar las condiciones. Además, ahora que lo dices, se me ocurre que, a lo mejor, no es la cámara, sino la persona que hace la foto, o sea, yo.

—Por eso mismo, debería hacerla yo.

Eso la convenció. Cogí la cámara como quien coge una enfermedad o un arma. Apunté al canario que trinaba alegre en su inocencia, y disparé. Esperamos ansiosos la salida de la foto, su lento revelado. Empezaban a adivinarse los contornos del pájaro, y las pequeñas rejas de la jaula. Por fin, apareció todo. La foto era normal, no presentaba el fondo desdibujado ni la penumbra melancólica de las otras fotos. La imagen era nítida, y se distinguían con claridad los perfiles de las cosas: el pájaro, la jaula, los azulejos de la cocina, la esquina de la ventana... Todo estaba en su lugar preciso, y la foto no permitía conjetura alguna sobre extraños presagios o funestas inminencias. Era la foto de un canario enjaulado, sin más.

Durante unos minutos contemplamos al pájaro, para ver si sufría alguna modificación de conducta o de aspecto. Nos apenó su inconsciente felicidad, aquella despreocupada manera de lanzar trinos y gorjeos cada vez más melódicos. La pesadumbre se hizo mayor cuando se adornó con algunos saltos y vuelos cortos, y volvió a cantar. Y las primeras lágrimas brotaron de los ojos de Marta cuando el pájaro picoteó un poco de alpiste y mojó el pico en el agua. Como cualquier ser vivo, se creía inmortal en la felicidad del instante. El pájaro no sabía que, con la foto, le habíamos robado el alma, y su inocencia multiplicaba nuestra culpa.

A las cuarenta y ocho horas, el canario de mamá seguía vivo y la cámara nos volvía a parecer inofensiva.

Marta estaba feliz, y no paró de hablar durante la cena. Cuando nos acostamos, la alegría hormigueaba en nuestra sangre y el corazón nos latía con una extraña sensación de libertad.

A las cuatro de la mañana me desperté zarandeado por Marta. Estaba nerviosa y había llorado.

–Ven a verlo –dijo.

El pájaro estaba tendido en el fondo de la jaula. Parecía tan poca cosa allí tirado, con las plumas ya sin luz, los ojillos como adormilados y aquel aire general de quebranto. Su cuerpecillo derribado entre restos de comida y montones de excrementos hacía más injusta su muerte. A Marta le temblaba la voz; a mí, las manos.

–¿Estás convencido ya? –me preguntaba sin preguntarme.

Yo no estaba convencido, sino confundido, aterrado ante el poder letal de aquella máquina, ante el cuerpo ya destituido a mera piltrafa de aquel pájaro tan leve y vulnerable. Tenía miedo. Miedo del pájaro muerto, de la cámara asesina, de mi propia hermana. Me sentía muy frágil allí, en la cocina, con aquella luz desangelada, con la boca seca y en pijama.

Volvimos a la habitación de Marta, y colocamos la cámara en la estantería más alta, como si alejándola de nosotros mitigásemos su poder. Nos pasamos el resto de la noche cuchicheando y el fatigado amanecer nos sorprendió con un acuerdo. Les contaríamos a mamá y papá lo de la cámara.

No fue fácil escuchar las explicaciones de Marta y mirar al mismo tiempo a papá y mamá. Marta hablaba con la vehemencia y la convicción que siempre mostraba; papá la escuchaba al principio con seriedad;

pero pronto asomó a su cara una mueca de sarcasmo, un escepticismo zumbón, pero no por ello menos doloroso. Y mamá también le prestaba una atención descreída y maliciosa, como si le estuvieran gastando una broma. Ni mi hermana ni yo habíamos previsto la posibilidad de que nuestros padres no aceptaran su discurso. Menos preparados estábamos aún para la ironía. Pero eso fue lo que encontramos. Al percatarse, Marta se enfadó tanto, que mis padres recapacitaron. Pidieron pruebas, sin embargo.

—¿Queréis más pruebas que lo que acabo de contaros? —se enfureció Marta.

Al día siguiente, papá se presentó con un *hamster* recién adquirido: era la víctima del experimento. Yo no quise hacer la foto, de modo que él mismo se encargó. El ratón resistió más tiempo que el pájaro: tardó casi una semana en morir. Y esa dilación desató toda clase de conjeturas: ¿estaría perdiendo su poder la cámara?, ¿habría muerto igualmente el ratón sin recibir la foto?

Ante el cadáver del *hamster*, papá diseñó una estrategia de silencio y olvido. Nos hizo jurar que no contaríamos nada a nadie, y aseguró que iba a esconder la cámara en un lugar inencontrable. Cuando Marta sugirió la destrucción total del aparato, papá levantó la mano derecha y, solemne, casi marcial, dijo: «Tú déjame a mí».

Al cabo de unos meses, nos habíamos olvidado casi de la cámara. Cierto es que Marta se había vuelto más taciturna y melancólica; cierto también que los animales domésticos habían quedado proscritos en casa. Pero habíamos recuperado la tranquilidad y la vida volvía a sus ordenados quicios.

Hasta la otra tarde. Marta, mamá y yo habíamos salido de compras en busca de un regalo para el cumpleaños de papá, y él se había quedado en casa. Regresamos un poco antes de lo esperado y, al entrar de forma súbita, sorprendimos a papá asomado a la ventana, con la cámara colgada del cuello y apuntando con el objetivo hacia la casa del vecino. Al oírnos, se dio la vuelta. La cámara bailaba en su panza con aire inofensivo, pero todos sabíamos que en su interior se ocultaba el baile de la muerte. El silencio sonaba a reproche. Y papá esbozó una excusa tartamuda.

—Era una broma.

Un olor a decepción nos golpeó desde su boca.

—Es el vecino de la discusión del otro día, el que se negaba a que la comunidad asumiera los gastos de lo del garaje. Pero le apuntaba solo como terapia. No estaréis pensando que iba a hacerle la foto, ¿no? —agregó papá, y señalaba la cámara como si fuese un juguete. Papá rebajó su acción a travesura para obtener una indulgencia que se adivinaba improbable; Marta, en cambio, la ascendió a traición, y se fue a su cuarto llorando.

La cena fue difícil. Cenamos ensalada de rabia con unas gotas de furor, lágrimas de segundo y de postre mal café. Empezamos en un silencio que se parecía a la tregua, pero en el ruido de los platos y cubiertos ya venía emboscada una agria hostilidad que anunciaba un menú de gritos, bronca y reproches. Empezó Marta exigiendo a papá que rompiera la cámara y nos deshiciéramos de todos y cada uno de sus trozos. Ya había causado bastante daño, y estaba claro que, si la manteníamos, acabaría por causar más. Papá buscó sus gestos más apacibles y su voz más blanda para conceder a Marta

que, tal vez, aquella cámara encerraba el mal. Pero que el mal siempre había existido y que lo importante no era ignorarlo, sino saberlo controlar. Marta se rió con desprecio y sugirió que ya habíamos visto cómo papá dominaba el mal, coqueteando con el deseo de matar al vecino. Papá levantó la voz para decir que a él no le hablara así. Y Marta le dijo que él le había hablado como si fuera tonta. Papá dijo que si le había hablado como si fuera tonta era porque a veces lo parecía. Y luego ya fue todo un borrón de gritos y voces y llantos que, no sé cómo, mamá logró detener.

La paz, precaria y frágil, ha durado hasta esta mañana. En el desayuno, Marta ha formulado un ultimátum: le ha dicho a papá que, si al acabar el día la cámara seguía en casa, ella se marcharía. Papá no ha dicho nada. En la comida el ambiente era glacial y la tensión masticable. Si levantabas la vista del plato —cosa que ninguno hemos hecho— podía verse un ciclón cerniéndose sobre la mesa. Hemos procurado no mirarnos tampoco y comer rápido para ver si se acababa ese momento. Pero Marta no ha perdonado.

—¿Ya has roto la cámara, papá?

Papá ha seguido comiendo como si nadie hubiera hablado.

—Pregunto que si has roto ya la cámara, papá.

—No —ha contestado—. Como te dije, me he limitado a guardarla en un lugar seguro.

—¿Seguro? No hay ningún lugar seguro de nuestros deseos. ¿No lo entiendes? Cualquiera día cualquiera de nosotros podría desear usar la cámara. ¿Y entonces?

—Está en lugar seguro, y no tengo nada más que decir.

En casa todos sabemos que, cuando papá dice un lugar seguro, se refiere al doble fondo que hay en el cajón izquierdo de su mesa de despacho. Desde pequeños sabemos que es ahí donde esconde las cosas. Nunca se lo hemos dicho por esa rara piedad filial que tan buena prensa tiene desde *La Eneida*. Pero Marta lo sabía, claro.

Se ha levantado como una fiera de la mesa, y ha ido corriendo al despacho de papá. La hemos oído trajar ruidosamente allí, hemos oído sus pasos precipitados por el pasillo y hemos escuchado el grito repetido de «¿sabes lo que voy a hacer con esto?, ¿sabes lo que voy a hacer con esto?». Casi de inmediato, la hemos visto aparecer como una furia por la puerta del salón, con la cámara en la mano y el rostro desencajado por la ira. Y hace cuatro horas y seis minutos la hemos visto tropezar en la alfombra, trastabillar dos veces y, sin querer, por supuesto, presionar el botón que dispara la foto. Ha sido como una arruga en el aire. Y todos nos hemos quedado repentinamente quietos. La foto ha empezado a salir; el gris unánime inicial ha empezado a cuartearse y, brumosas, imprecisas, han empezado a perfilarse las primeras imágenes. Todo ha empezado a terminar. Y quiero repetirlo más: empezar, empezar, porque es una palabra que quizá no emplee ya. Al principio hemos querido creer que no, que solo eran la silla y el mantel, que aquella mancha informe era sin duda la alfombra, pero por fin hemos tenido que aceptar que sí, que allí estábamos los tres, papá, mamá y yo, un poco serios en la foto.

Cuando Marta ha visto lo que había hecho, nos ha mirado a los ojos y no sé qué habrá visto en ellos, pero ha girado la cámara, la ha dirigido hacia sí y se ha

disparado una foto. Ha salido rara. Su cara parece haber perdido toda disciplina muscular para desfondarse en una flácida renuncia, en un abandono todavía gruñón y retador, pero falto de energía. Es una instantánea tirada de cualquier manera, un adiós en blanco y negro que trasmite plenamente esa especie de furia débil que Marta padecía en ese momento. Es eso: la foto de una suicida abismada en su infausta decisión.

Nosotros, a su lado, hemos salido favorecidos.

Las fotos han quedado sobre la mesa. Y nosotros aquí estamos, esperando.



RELATO MONEGRINO 2014

El correo de Bujaraloz

Francisco Tobajas Gallego

Francisco Tobajas Gallego

Nacido en Sabiñán (Zaragoza) en 1959.

Escritor e investigador, especialmente de todo lo relativo a las localidades de la ribera del Jalón medio. Fue uno de los principales colaboradores del semanario de la comarca bilbilitana *La Verdad*, hasta que dejó de publicarse, y ha colaborado, y sigue colaborando esporádicamente, con otro semanario local: *La Comarca*.

Desde hace varios años viene investigando la vida y la obra de Faustino Sancho y Gil.

El correo de Bujaraloz

Francisco Tobajas Gallego

Hace solamente unos días llegó a las Cortes de Aragón, por el antiguo correo e hijuela de Bujaraloz, una carta que remitía a sus señorías fray Manuel Bayeu desde la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, en las afueras de Sariñena, provincia de Huesca. La carta pasó todos los controles de seguridad y fue entregada en mano al presidente de las Cortes de Aragón, que la abrió con mucho cuidado y lleno de curiosidad. La misiva contenía varios pliegos de papel envejecido y amarillento, escritos a mano con pulcritud y buena caligrafía. El presidente ojeó uno por uno todos los pliegos por las dos caras, los volvió a ordenar y comenzó su lectura lleno de impaciencia. La carta decía así: Señor Presidente de las Cortes de Aragón, salud en Nuestro Señor Jesucristo y en Nuestra Madre y Reina de las Fuentes, mucha salud y que María Santísima le conserve siempre en gracia del acierto y de la vida. Por el nuevo *Mercurio Histórico y Político* y la *Gazeta de Zaragoza* me he enterado del hecho acaecido en aquellas Cortes en relación con la cartuja de los Monegros, llamada de Nuestra Señora de las Fuentes, situada, como ya sabrá

vuestra merced, en el duro desierto de Sariñena, una casa pobre donde se reza y se trabaja para provecho de Dios y de sus muchas almas. Una vez más, y he perdido ya la cuenta, una buena alma caritativa, que lleva el cristiano nombre de Belén, como el lugar donde vino al mundo Nuestro Señor, seguro y santo Salvador, esta vez en representación de una asociación o plataforma que defiende con determinación y sin fatiga el descuidado y maltrecho patrimonio de esta tierra, conminó a vuestras mercedes, los diputados del antiguo reino, a salvar la Cartuja de Nuestra Señora y evitar así su desaparición, que sería muy lamentable para todos y más a los ojos de Dios Nuestro Señor. Por ello aconsejó a vuestras mercedes, con acierto y previsión, que la propiedad de esta cartuja, hace demasiado tiempo en manos muertas de particulares, pase a ser pública y notoria, condición que sería segura garantía para una pronta recuperación y restauración. Para ello argumentaba sus razones, que todo buen cristiano ya conoce, tras largos años de lucha y zozobra en primera fila, defendiendo el patrimonio de esta tierra, a las que añadía otras razones históricas, culturales, políticas y económicas, igual de válidas o más todavía que las primeras. Por ello estas buenas gentes dicen estar firmemente convencidas del gran valor que atesora la Cartuja de los Monegros como monumento, y no yerran en ello ni la más pequeña vara de medir, según mi humilde opinión, lamentando a la vez que, por desidia o irresponsabilidad, y al paso lento que va marchando la cosa pública, se perdieran las pinturas que tantos esfuerzos y desvelos costaron a este pobre fraile cartujo, que Dios quiere que viva en paz y como

Dios manda. No crean vuestras mercedes que todo esto que les cuento es un puro capricho o bien piensen que se trata de una solemne frailada. Si lo piensan vuestras mercedes no me conocen y en todo caso se equivocan. Desde mi juventud he dedicado mis días y mis noches, primero al servicio de Dios y después a la pintura, que toda ociosidad es despreciable y será castigada sin palo llegando la ocasión. Nunca me quejé de la pobreza de esta casa, a la que siempre se hizo frente con alegría y buena voluntad, pues ni aún los enfermos de más riesgo se pueden consolar, las más de las veces, con una taza de caldo de las verduras que se crían en el pequeño huerto de la cartuja. Pero el estómago se contenta con poco y el poco sueño también alimenta, cuando la conciencia está tranquila y el alma está repleta de la misericordia de Dios. Le escribo a vuestra merced desde la cama, una tosca tabla de pino, tan dura y basta como vienen a ser algunos corazones, sobre la que se acomoda un sencillo colchón de paja. He estado con una terciana fuera de cascos casi un día entero y la tos hace que me salte sangre del galillo y se me parta en mil pedazos la cabeza de tanto dolor. Pero por nada me apuro, que Dios ha de proveerme en la primera y en la última necesidad. Ayer noche me sacramentaron y pensaba ya en la eternidad, pero aún no me ha llegado mi hora, pues como recogía con razón Lorenzo Palmireno: *Por quartanas, no doblan campanas*. No se preocupen por mí vuestras mercedes, que tengo los hígados como paneras y más anchos que la Puerta de Toledo de Zaragoza. Perdonen vuestras mercedes esta ironía que se me ha escapado sin querer, pero ya no puedo echarme atrás, aunque

muestre sinceramente mi pesar. Ando casi siempre con flojedad de estómago, aunque mis amigos y hermanos me mandan de cuando en cuando un dulce de limón exquisito, que resulta muy estomacal. La quina también me ayuda a salir de este trance y las oraciones a Nuestra Madre y Reina de las Fuentes hacen el resto. Encomiéndenme vuestras mercedes a la Virgen del Pilar por Dios, que este fraile rogará por vuestras mercedes a la Virgen de las Fuentes, para que les conserve siempre en gracia, trabajo y salud. Desde hace ya algún tiempo no puedo disponer de un ayudante para moler la pintura, porque cayó enfermo, y todo ha de correr de mi cuenta. Pero cuando pasen estas tercianas y esté otra vez guapo de salud, me volverán de nuevo las ganas de comer y de trabajar como siempre. Para ello procuraré en Sariñena carne de ranas, pan de topos y algún galápago para restablecerme como Dios manda, para seguir pintando las paredes de esta cartuja, que es también la casa más pobre de Dios. Como sabrán vuestras mercedes, los cartujos tenemos prohibido comer carne de aves y aun de mamíferos, pero no de pescados, como son el besugo y el buen abadejo, también podemos probar con tiento el chocolate y la almendrada, que la componen almendras del terreno con azúcar, a modo de tejos de chocolate. Por estas tierras de panes prosperan las liebres y los conejos, aunque también las perdices, eso si no son aniquiladas por la caparra, como vino a suceder un año de desgracia. Si vuestras mercedes quieren para su sustento alguna liebre o conejo de esta parte de Aragón, pueden remitirme por el correo e hijuela de Bujaraloz, que llega hasta esta cartuja, media libra de pólvora y

otra de perdigones, que no he de fallar en la puntería, a pesar de que mi vista ya no es como antes. Y si quieren también vuestras mercedes, cuando llegue el tiempo de la veda, pueden buscar galgos para correr por estas espesas, detrás de liebres y conejos, que nunca se echan en falta, unos años más que otros, esa es la pura verdad. Con ellos se podrían hacer unas cazatas impresionantes, que hicieran falta arres para llevar los conejos, las liebres y también las perdices. Ocurre en algunos años que se encuentran por estos andurriales un diluvio de perdices, jóvenes y viejas, aunque es menester buenas piernas y el pecho desocupado y valiente para seguir las y conseguir las. Si en alguna ocasión quieren vuestras mercedes venir a esta cartuja de Nuestra Señora, serán dueños de esta pobreza y cazarán con galgos a resaque y perdices a ciento. Se lo prometo.

Esta misma historiadora del arte de la que les hablaba, que ha comparecido ante vuestras mercedes en las Cortes sin pelos en la lengua, ha sentenciado que mis pinturas murales merecen por derecho propio un lugar destacado en el panorama de los últimos cuatrocientos años. Y cuando una persona que entiende del oficio lo dice, sus razones tendrá, que no ha de decir las cosas al buen tuntún, delante de personas tan ocupadas y tan influyentes como vuestras mercedes. Pero aún ha ido más lejos, criticando el modelo que se viene utilizando para gestionar el patrimonio, que la mayoría de las veces se les escapa a vuestras mercedes de las manos, como siempre viene a ocurrir con el agua. Aún me he podido enterar por buenos amigos, aparte del nuevo *Mercurio* y la nueva *Gazeta*, que un representante de la plataforma

Salvemos la Cartuja de Monegros, que también ha acudido, armado de palabras y de razones, ante la Comisión de Comparecencias de aquellas Cortes tan principales, ha sentenciado que la cartuja de Monegros de Nuestra Señora de las Fuentes, era un emblema para el país, además de un símbolo aglutinador y un oasis de cultura en medio de este desierto tan duro y tan estéril. Como siempre ocurre, vuestras mercedes han hablado después y todos a una han defendido esta santa casa de Dios, donde la pobreza nunca es pesar y sí es alegría, echándose la culpa unos a otros por no haber actuado antes y encontrarse ahora esta cartuja muy descuidada, en un difícil trance de ruina, pues cuando había dineros no había determinación y ahora que vuestras mercedes se ponen por una vez de acuerdo, no hay presupuesto ni siquiera para empezar por el tejado. Siempre ocurre lo mismo. Parece que en aquella casa tan principal, donde mandan los que mandan, que son todos, cuando pueden no quieren y cuando quieren, hacen por no poder. Y así marcha el mundo, sin que a los mentirosos y a los defraudadores los puedan prender de día o de noche los miñones o los escribanos del crimen. Loado sea por siempre nuestro Padre Celestial, que da libertad de ciencia y de pensamiento a sus hijos, aunque también les da tiempo y razones para rectificar, que dicen que es de sabios.

Vuelvo otra vez sobre el tema que nos ocupa, una vez que con el trajinero me han llegado algunos pliegos de papel para escribir, que en esta cartuja desde hace ya mucho tiempo todo son grietas, goteras y estrecheces. Según señala el dicho popular, Dios paga como Dios

y los hombres lo hacen como lo que son, humanos y pecadores, además de desagradecidos. Y esto es más cierto que las palabras del Santo Evangelio. Algunos que yo conozco ni quieren ni pagan y se echan las palabras, las buenas y las otras, a la espalda y no llegan a decir amén ni en sagrado, pues parece que viven en una casa muda por eso mismo. No vivan vuestras mercedes sin palabras y sin iniciativas en esa casa muda y sin ventanas, echándose a la cara las culpas de una orilla a la otra, sin remojarse ninguno los calzones. Las ocasiones llegan cuando Dios quiere y se pierden cuando los hombres las dejan escapar sin alargar la mano, ni levantarse del asiento por comodidad, pereza o displicencia, o por las tres cosas a la vez, que nunca ha de saberse lo que es peor. Yo ya voy campando. Dos veces me he purgado para ir en mejoría. Por las noches sufro fuertes dolores de vientre, que me llegan hasta las pantorrillas. Quiera Dios que pueda echar el mal pelo en breve y pueda seguir pintando como siempre, restableciéndome la antigua salud esta próxima primavera. Por el de Albalatillo recibimos el pliego de la nueva *Gazeta* con las últimas noticias que, para decir toda la verdad, no son nada halagüeñas. El mundo anda manga por hombro y los hombres se afanan en complicarlo todo y confundirlo aún más de lo que anda, que ya es mucho. Los ricos de este mundo cada vez son más ricos y los pobres cada vez más pobres, aunque la felicidad ni se compra ni se vende en casa de mercaderes. También nos hemos enterado que la feria de Sariñena no ha valido nada este año. Y es que corren tiempos difíciles para todos. El trabajo escasea en todos los rincones del reino,

suben los impuestos y el que más tiene paga menos. Justicia, que no lo es, sino todo lo contrario, cuando el poderoso ayuda al rico esperando el favor y no lo hace al menesteroso, ni siquiera por misericordia. Las nuevas leyes son parecidas a las antiguas y los tiempos parece que no acaban de cambiar nunca, porque al perro flaco todo son pulgas y al hombre desgraciado nunca le llegan las alegrías a tiempo, porque cuando lo hacen, ya se ha marchado a la eternidad y en aquella casa todo es alegría y nada tiene fin.

Solo Dios Nuestro Padre Celestial sabe con absoluta certeza cuándo tocara sola la campana de Velilla, anunciando que vuestras mercedes se han puesto de acuerdo en rebajarse la soldada, para destinarla sin más dilación, primero a la compra y luego a la conservación y reparación de esta Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes. Por estos andurriales la lluvia escasea, pero de tiempo en tiempo no faltan las tormentas y tan escandalosas de ruido y de agua, que llega a llover tan famosamente, que resucita, es un decir, toda la cosecha de panes, que estaba cohibida y prieta a la tierra que la vio nacer, tan falta de agua como de fuerzas. De esta manera crían doble las perdices, las liebres y los conejos, aunque los frailes tengamos prohibida su carne. La carne de las ranas, de los topos y de los galápagos ocupará nuestra pobre mesa algún día del año, que será recordado por el pequeño festín que proporcionaron estos animalillos de Dios. Pero el agua mansa o rebelde que del cielo cae cuando Dios quiere, también encuentra cobijo y amparo bajo estos tejados, donde fácil cuela, por falta de tejas y de voluntad.

Ayunen un poco también vuestras mercedes como este pobre fraile, viejo y desdentado, lo ha de hacer cada Adviento, aunque tenga la cabeza abochornada y se mantenga convaleciente, no haciendo otra cosa más que caer y levantar, y casi fuera de cascos. Pues, como también recogía Palmireno: Más mató la cena que sanó Avicena. No se gasten vuestras mercedes todo el presupuesto en viajes y lifaras y guarden un poco para esta pobre cartuja que se cae en pedazos. Duerman tranquilos cada noche con la conciencia en su lugar, quitando algún real de aquí y de allá para ponerlo en los tejados de esta cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, que ella sabrá cómo premiarles por guardar su casa y a sus hijos más pobres y más necesitados.

He vuelto hoy mismo de Lalueza, aunque también me invitaron hace días a Fonz y a Sijena. A Fonz me llevé unos pocos colores para no estar ocioso. En Sijena me invitaron para una profesión y en aquella estancia conté a mis hermanas algunas de mis aventuras de esta temporada. Vuestras mercedes sabrán que la Virgen Santísima se apareció en la llamada Fuente del Milagro, que dio nombre a este primer cenobio de San Bruno. El primer monasterio se debió a la caridad de los condes de Sástago, que aprovecharon una antigua ermita, donde reposaban los restos de su querido hijo don Artal. Pero poco tiempo después, los monjes, mis hermanos, cogidos y sobrecogidos por la ciega pobreza de los tiempos, que aprieta más que un dogal al cuello, se trasladaron a la vecina y hermana cartuja de Aula Dei, aunque pasado otro tiempo volvieron a su antiguo convento en este desierto monegrino,

bajo los cielos azules y limpios, barridos sin escoba por el cierzo. Está escrito que una terrible ventolera o cercera echó por tierra el campanario en el año del Señor de 1701, cayendo con tan mala suerte sobre la iglesia. Al poco tiempo se colocó la primera piedra del nuevo monasterio y ochenta años después la última. Como ya sabrán vuestras mercedes, el monasterio quedó vacío por imposiciones políticas, más tarde fue desamortizado y vendido al mejor postor, que quiso hacer en él un balneario. Las cuentas no salieron y la ruina fue entonces segura. Esta cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes ha servido de cuartel de soldados y de granero, pero ahora solo el viento y la soledad se pasean por su iglesia, su claustro y sus dependencias vacías y casi ruinosas. Me he enterado que el edificio está considerado como Conjunto Histórico Artístico, aunque de poco le sirve contra el tiempo, la lluvia y el olvido. Poco tiempo se cuenta también desde que fue incluido en una Lista Roja del patrimonio patrio, con riesgo evidente y palpable de desaparecer. La solución no ha de venir del cielo, pues Dios no guarda llave de los corazones de vuestras mercedes, ni de las cajas y cajones con los dineros, y la lluvia y el viento tampoco han de hacer nada de bien para estas viejas paredes dejadas de la mano de Dios. No les tienta el diablo a vuestras mercedes y les pase como a los canónigos del Pilar, cuando vieron con sus propios ojos las pinturas de la cúpula de aquella basílica, pintadas por mi cuñado Goya. Que esto ya pasó hace mucho tiempo y ahora ya hemos aprendido de nuestros errores. Dios Nuestro Señor, que siempre es considerado y considerable,

nada lo hace por si acaso y todo lo lleva y lo rodea tan de justicia, según su justa providencia, que de un gran daño para nuestro sentir y a nuestros ojos, Él saca muchos bienes para todos. Perdonen vuestras mercedes si encuentran alguna mancha en el pliego, pero me ha apetecido a esta hora una manzana camuesa y el jugo de su carne prieta y olorosa se me escapa por los dedos, a pesar de que me los pueda chupar y relamer antes de este contratiempo.

Esta mañana me he cortado la barba y la cabeza. Con el trajinero hemos recibido unos pocos sacos de grano del molino de Pertusa, que lo tiene arrendado un buen molinero del país. De un año a otro el grano ha bajado más de la mitad de su precio. Nada nuevo trae el *Mercurio* y la *Gazeta*, que todos son contratiempos y calamidades. Estoy pasando un gran resfriado. Las ocasiones son tan repentinas y la salud tan quebradiza, que ando estos días algo apurado. Pero por aquí no ocurre otra cosa que la que Dios quiera y quiere tan apenas. Con estas pocas lluvias de mayo, los ganados han salido a pastar la poca hierba que nace junto a la paridera. Antes de coger este nuevo resfriado pintaba horrores. Todos los días le pido a Nuestro Señor que me deje ir tirando para pintar todas las paredes de esta cartuja abandonada, y que no me coja el esplín con no sé qué motivo y no pueda hacer lo que más me gusta hasta el fin de mis días. Encomiéndenme a Dios y a su Santísima Madre, para que no me dejen vivir ni morir sin ver la cartuja de Nuestra Señora con mejor cara y mejores colores que los que tiene hoy. Vuestras mercedes sabrán la mejor manera para detener la ruina,

que se va adueñando día a día de estas paredes, y no solo con palabras, que puede llevarse el cierzo por estos cielos tan abiertos y sin freno, sino con obras y de las buenas. Es un deber de buen político y de buen cristiano hacer obras de caridad y de calidad, conservando como se deben las obras de sus antepasados, para que puedan ser admiradas y conocidas por todos los aragoneses, que mucho tienen y mucho esperan del buen hacer de sus mercedes, cuya vida y hacienda guarde el Señor. Espero recibir contestación a esta misiva a través del correo e hijuela de Bujaraloz, que llega hasta esta cartuja todas las semanas. Ruego todos los días a Dios y a Nuestra Señora de las Fuentes para que les iluminen y encuentren una solución, la mejor para todos, para esta vieja cartuja que se cae a pedazos. Que así sea, si así lo quiere Dios y los políticos, vuestras mercedes, de esta tierra pobre pero siempre libre y poco dispuesta a ser amparada por la mentira y por la desfachatez. Dios le guarde muchos años. Suyo.

Fray Manuel Bayeu.

Nota del autor:

En esta narración se han utilizado giros y expresiones empleadas por fray Manuel Bayeu en sus cartas dirigidas a su amigo Martín Zapater.



PRIMER PREMIO 2015

**El desorden de los
números cardinales**

Vicente Marco Aguilar

Vicente Marco Aguilar

Novelista, cuentista, dramaturgo y profesor de talleres literarios, ha publicado las novelas *Murmullos* (2000), *Los trenes de Pound* (2009, Premio Tiflos), *El Collage de Orsson Beans* (2012, finalista Premio Ateneo Valladolid), *Ya no somos niñas* (2012, Finalista Premio Logroño), *Opera Magna* (2013, Premio Jaén de novela) y *Mi otra madre* (2015, Premio Valencia Alfons el Magnanim), así como la recopilación de cuentos *Los que llegan por la noche* (2010), las piezas teatrales *Viernes trece y sábado catorce* y *Los guanchu guanchu*, y el ensayo *Manual de escritura creativa y premios literarios* (2015).

Como dramaturgo, obtuvo el Premio Nacional de Teatro Castellón a Escena 2013, el accésit del Premio Lope de Vega en 2013 y el Premio Fray Luis de León de Teatro 2014.

www.vicentemarco.com

Facebook [vicente.marcoaguilar](https://www.facebook.com/vicente.marcoaguilar)

El desorden de los números cardinales

Vicente Marco Aguilar

«Ayer falleció nuestro excompañero de curso Geni Ginés. El sepelio tendrá lugar hoy a las 13:00 horas en el ttanatorio del Paseo Marítimo. Seguro que se sentiría muy feliz si pudieses acudir a rendirle este último adiós».

Enviado a ti y a 237 usuarios más.

Lo primero que pensé al leer aquel mensaje procedente de un número desconocido fue que se trataba de un error. Que en mi vida no había existido un Geni Ginés que compartiera las dulces horas de la infancia tan ajena a las enfermedades y a la muerte. Pero no debí escudriñar demasiado entre las brumas del recuerdo para encontrar a un niño grueso, con gafas y abrigo azul, pantalón corto, pálido, acaso triste, sentado en uno de los poyos del colegio, barajando entre las manos un paquete de cromos de Galaxy 3. Una imagen que se me apareció con el nombre subtulado abajo en

letras góticas y el número que le habían asignado en el colegio. Y casi al instante me sorprendí a mí mismo repitiendo:

«Ayer falleció nuestro excompañero de clase número dieciséis».

Que yo supiera, transcurridos casi treinta años, Geni Ginés era nuestra primera baja. Conocía a más de uno entre los quince primeros que seguía trasteando con la vida, pero aún así no pude evitar un pensamiento corrosivo que se me instaló en el pecho como una araña: «al dieciséis le sigue el diecisiete». Un pensamiento aún más aterrador porque llegaba en uno de esos momentos terribles de incertidumbre en el que los médicos inyectan en nuestro día a día palabras hasta entonces lejanas o desconocidas como TAC o angiografía.

Yo era el diecisiete. Había sido el diecisiete siempre. Los ocho cursos. Como Geni Ginés había sido el dieciséis. Pero eso carecía de importancia. El rigor de las secuencias cardinales que los maestros nos habían inculcado a fuego lento se rompía de golpe ante el poder superior e incontrolable de la muerte. Las matemáticas también fallaban. Me lo repetí varias veces, apretándome el estómago, recordando la molestia o el dolor que me había transportado como en una de esas cintas métricas de los aeropuertos hasta los hospitales. Precisamente ese «hoy» aludido en la misiva telefónica, ese «hoy» del sepelio de Geni Ginés, a las 13:00 horas, debía acudir al doctor Torres para recoger el resultado de las pruebas.

No iba a poder «rendir el último adiós» a mi predecesor en las listas, aunque iba a pasar muy cerca,

sin duda, porque el hospital se encontraba también en el Paseo Marítimo y no había muchos modos de esquivar el «tanatorio» dado que la parada del autobús se encontraba en la misma puerta de este. Así que pensé que quizá encontraría a algún compañero y, a lo mejor, evitaría el penoso trámite comunicándole a él las condolencias para que las transmitiera a la familia como mi pequeña, a la vez que absurda, contribución para paliar un dolor contra el que no existían remedios.

Pero lo que sucedió fue que el autobús se retrasó y cuando después de un suplicio de apreturas y empujones abrió las puertas y me escupió en la parada del Paseo Marítimo faltaban seis minutos para la hora señalada y la comitiva de casi 237 usuarios más, aguardaba en la puerta, con la tragedia marcada en los lóbregos rostros, porque García Blanco —comprendí entonces que se trataba del desconocido que había movilizad al grupo— número veintitrés, delegado de clase en la reserva, había decidido que, para evitar el alboroto, la entrada a la misa se efectuara en comandita.

Él fue el primero en detectar con su ojo camaleónico que me apeaba del autobús, y apenas había tocado la suela el asfalto, alzó el brazo para sobresalir por encima de la multitud de cabezas y exclamar:

—¡Canín!

Fue un susurro. Un grito. Un susurro gritado. Algo así. No sé cómo consiguió el efecto, García Blanco poseía la virtud de naturalizar los actos imposibles. En un visto y no visto se encontraba frente a mí, con sus manos gorduelas y calientes asidas a las mías, la

cabeza ladeada, los labios apretados, la vista al cielo, diciendo:

»Se va alegrar mucho de verte.

Por supuesto era una manera de hablar, y no pude replicarle que no había acudido al sepelio sino que me encontraba allí porque el ttanatorio, con dos «tes», se había cruzado en el camino de mi posible enfermedad.

»¿Sabes que uno de sus últimos recuerdos fue un momento que pasasteis juntos?

Negué con la cabeza y prosiguió:

»Te apreciaba tanto...

Después me cogió del antebrazo y tiró de mí en dirección al grupo mientras ordenaba con otro de esos susurros gritados:

»Vayamos pasando.

Los casi 237 usuarios más obedecieron como si en vez de 237 individualidades fueran un solo cuerpo. Tras ellos, García Blanco, aferrado a mi antebrazo, y yo, sin apenas fuerza para responder, pensando en el doctor Torres, en que en ese momento la enfermera estaría citándome, en el resultado de las pruebas. En que si no acudía tardarían tres meses más en llamarme.

»Bueno, Canín, ¿y tú cómo andas?

Se trataba, sin duda, de una pregunta de trámite porque apenas dije dos palabras antes de que añadiera:

»¿Sabes que Ginés había intentado localizarte por todos los medios?

—Qué, qué, qué significa localizarme.

–Significa que cuando conoció su enfermedad quiso hablar contigo.

–¿Conmigo?

Esta vez, García Blanco susurró de verdad.

–Pensaba que solo tú podías ayudarlo.

No supe qué tramaba con aquellas declaraciones que me estaban poniendo el corazón al borde del infarto.

–Pero ¿cómo, cómo iba a ayudarlo yo? Llevaba casi treinta años sin verlo. No tenía noticias de él... Ni siquiera sabía que estaba enfermo.

–Schhhh. –Se paró y girándose hacia el grupo, que se había detenido en el mismo momento que él, dijo–: Seguid.

Mientras la gente entraba en la pequeña capilla, García Blanco me llevó hacia uno de los maceteros del pequeño patio interior que la precedía. Allí, cobijado de las miradas ajenas de los 237 usuarios más, prosiguió:

»Lo importante es poder contarlo. Tú siempre dabas mucha importancia a eso, ¿lo recuerdas?

–No.

–Abogabas a ultranza por la veracidad de las ficciones frente a la falsedad de lo real. Nos diste una maravillosa charla acerca de las dos acepciones del verbo contar. Contar números y contar historias.

–Pues no. No me acuerdo. Pero ¿qué tiene que ver eso hoy?

–Él siguió confiando en tu magia.

–¿En mi magia? ¿Qué magia?

–La magia que siempre atesoraste.

–Éramos niños, decíamos la primera idiotez que nos llegaba a la cabeza y...

–No eran idioteces.

–Sí eran idioteces.

–Geni siempre pensó que poseías el poder de cambiar la realidad –sonrió–. En verdad que hubo un tiempo en que todos lo pensábamos.

–Pero cómo que todos lo pensabais, por favor, ¿estás tomándome el pelo? No puedo creer que haya venido y... bueno en verdad ni siquiera había venido... oh, cómo, cómo que lo pensábais. Teníamos diez, doce años.

–Nos diste bastantes muestras. ¿Recuerdas al sapo? ¿Los exámenes de gramática? Todos te pedimos el milagro. Que no viniera.

–Fue una casualidad.

–Hubo muchas casualidades.

–La mayoría fueron un engaño. Simplemente preparaba con anticipación las cosas y después las contaba como si fueran a suceder. No puedo creer que después de tanto tiempo penséis esas estupideces.

–No. Está claro. Está claro. Pero sabes que, a veces, la fe mueve montañas. Y él, cuando ya se encontraba muy malito, se aferró al recuerdo como tabla de salvación. «Me gustaría encontrar a Canín», dijo, «¿cómo se las ingeniaría ante un problema como este?». Empecé a buscarte porque al menos quería darle la alegría, esa confianza, esa moral que necesitaba para

afrontar la enfermedad. Quizá con solo una visita... removí los hilos pero fijate: no llegamos a tiempo.

–Bueno, pues la verdad es que lo lamento aunque nada habría cambiado. Esto no es adivinar las preguntas de un examen que has leído unas horas antes porque tu mejor amigo es el hijo del profesor de gramática.

–Quizá sí hubiera cambiado.

–Pero por favor, ¿lo estás diciendo en serio?

–Sí. Claro que lo estoy diciendo en serio. ¿Crees que se puede bromear en un sitio como este? Lo que pasa es que seguirte los pasos resultó una tarea bastante compleja. Hasta que apareció Valcárcel. –Permaneció un rato callado hasta que dijo–: En fin, qué más quieres que te cuente.

No quería que me contara nada más. Ya me había contado bastante. Pero lo repitió: «Qué más quieres que te cuente». Me sentía intranquilo con esa visión de superpoderes con la que pensé me mirarían los 237 usuarios más. Tras un silencio, añadió:

»Luego igual viene.

–Quién.

–Valcárcel. Tenía consulta aquí al lado, en el Hospital del Marítimo. Sabes que está esperando el sexto niño, ¿no?

No lo sabía. O sí lo sabía. El sexto niño. Había perdido la cuenta en el tercero. Pero no me importaba la fecundidad de Valcárcel sino el lugar en el que se encontraba en aquel preciso momento.

–¿Y está ahora allí, en el Hospital del Marítimo?

–Sí. Luego lo verás y podrás darle la enhorabuena. ¡Ay!, unos que vienen y otros que se van. El continuo fluir de la vida... Vamos para dentro. Parece que el óbito comienza ya.

García Blanco dominaba los tempos con una seguridad pasmosa. «El continuo fluir de la vida... Vamos para dentro», como si supiera en cada momento lo que hacer.

–Yo voy enseguida.

–No tardes porque está muy feo entrar a mitad. Eso es lo que he querido evitar desde el primer momento.

–Solo, solo es una llamada. Urgente.

No se marchó demasiado convencido, pero se marchó, que era lo importante, y entonces pude buscar el número de Valcárcel. Marcarlo. Su voz de barítono saludable, de procreador consumado, apareció al segundo tono.

Me salté el protocolo de felicitaciones y le dije.

–Necesito que me hagas un favor.

–Estoy en...

–Ya sé dónde estás. Por eso te voy a pedir que acudas a la planta sexta, a digestivo, busques la consulta del doctor Torres y le digas que te dé el resultado de unas pruebas que me hicieron la semana pasada. ¿Podrás?

–Sí, pero no me las darán sin tu autorización.

–Pues entonces hazte pasar por mí.

Debí repetírselo varias veces. Desde el fondo de la capilla, García Blanco gesticulaba de manera ostensible para indicarme que entrara ya. El párroco, los familiares,

los casi 237 usuarios más y hasta el mismo Geni Ginés, parecían reclamar mi presencia.

–Te tengo que colgar, si me cambian la cita, tardarán meses en llamarme de nuevo y no pienso esperar tanto tiempo, lo entiendes, ¿no?

García Blanco insistió. Las palmas de las manos extendidas, la cabeza que se movía como si sufriera espasmos. Varios «vamos», dibujados en los labios.

Tras la ceremonia iniciamos el cortejo fúnebre hasta el cementerio. Allí, García Blanco sacó un papel y pronunció unas palabras en nombre de todos los compañeros.

–Deberíamos vernos más a menudo –dijo después de los pésames, cuando ya el grupo había comenzado a disolverse. Propuso organizar una cena. Y a todos les pareció una idea magnífica–. Yo me encargo de buscar el sitio y de llamar a la gente –matizó antes de que, no sé cómo, se las ingeniara para que nos quedáramos de nuevo solos–. Y tú, Canín, si quieres que nos veamos antes y charlemos con calma delante de un café...

Pensé que se trataría de uno de esos cafés que siempre se dicen y nunca se toman pero esa misma tarde su número desconocido me envió un mensaje al móvil para recordármelo, con la misiva: «ha sido un placer volver a verte». Un placer que no podía considerar recíproco no solo porque desde siempre García Blanco me había provocado dentera sino porque en ese instante me encontraba frente a un demudado Valcárcel recibiendo la peor noticia de mi vida.

–Cómo –repetí casi sin aliento.

Valcárcel tragó saliva antes de decir:

–Quizá si acudes a otro especialista... Se equivocan muchas veces, si te repites las pruebas...

–Quiero que me cuentes exactamente lo que te dijo. Sin misericordia.

–...

–Estoy preparado para escuchar lo que sea. La verdad descarnada, sin emplastos.

A Valcárcel se le apagó la voz de barítono para decir:

–Dijo que, que estaba muy extendido.

–Muy extendido...

–Pero ya te he dicho que podemos buscar...

–¿Te habló de tiempo?

–De tiempo.

–Quiero saber cuánto me queda. Si es un año, un año. Necesito dejar organizada mi vida. ¿Dijo un año?

–...

–¡Vamos!

–Tres meses.

Creo que no me despedí de él. Que me fui corriendo, sin decir adiós ni gracias. No sé. Las matemáticas recuperaban el lugar que les correspondía. Después del dieciséis llegaba el diecisiete. Así había sido desde los tiempos inmemoriales en que los egipcios empezaran a usar el sistema decimal. No cabía réplica. El mundo cambia pero el orden permanece inalterable.

Supongo que por eso al día siguiente el mensaje generalista de García Blanco y el café, dio paso a un

segundo mensaje, esta vez con una cita concreta en la que aparecía lugar y hora. Cita a la que acudí convencido de la existencia de fuerzas que no se pueden soslayar, como si aquel alumno, delegado en la reserva, que había decidido ponerse en activo después de muchos años de ausencia, fuera la obligada antesala de la muerte porque los de aquel curso no podíamos abandonar la vida por nuestro propio pie sin que él organizara el viaje. Así que cuando le dije que me habían diagnosticado una enfermedad incurable y que el vaticinio del doctor era que apenas me quedaban noventa días, ochenta y nueve porque ya había pasado uno, me dio la impresión de de que lo sabía. De que, si el infinito fuera medible, atesoraba una omnisciencia del mismo calibre a la omnipotencia que, resultaba obvio que ilusoriamente, me había atribuido Geni Ginés antes de morir.

A partir de entonces los días se sucedieron con la misma incongruencia de los susurros gritados, tan lentos en el momento, tan rápidos en el recuerdo. No podía afirmar que mi estado de salud empeorara. Más bien al contrario.

La tranquilidad de la certeza, de lo obvio e inevitable, había relegado los dolores al olvido. Cada minuto se convirtió en importante. Pese a que no supiera muy bien qué hacer con él. García Blanco me sugeriría en cada momento. Y acepté todas sus propuestas salvo la de visitar al médico. No habría más citas. Por nada del mundo volvería a respirar el pútrido olor del hospital, ese veneno que me inoculaba el germen maligno de la muerte. Pasaron dos semanas. Tres. Seis. Ocho.

Fue al final del tercer mes, cuando recibí la llamada de Valcárcel. En realidad no se trataba de Valcárcel, sino de su esposa. La mujer que guardaba en su seno al sexto retoño, otro Valcarcelito, el sexto que seguía al quinto, y este a su vez al cuarto en esa secuencia inexorable. La esposa de Valcárcel dijo que su marido había muerto.

—¿Muerto?

Apenas sin aliento me contó que le habían diagnosticado una enfermedad estomacal tan repentina como incurable, que el doctor le había dado tres meses de vida, que no se habían llegado a cumplir enteros, que...

—Qué doctor.

—El doctor Torres.

—Pero eran mis pruebas, lo habían diagnosticado con mis pruebas. Él lo único que hizo fue suplantarme en la consulta, suplantarme en ese instante, solo en ese instante y...

Por supuesto, la esposa de Valcárcel no entendió nada de lo que le estaba contando. Lo único que dijo fue que el sepelio era al día siguiente a las 13:00 horas en el tanatorio del Paseo Marítimo y cuando se lo comuniqué a García Blanco que aguardaba con avidez a que colgara, me habló de la última esperanza de Geni Ginés, de la capacidad de mi desalmado inconsciente para cambiar los sucesos del mundo, de mis charlas acerca de la importancia de contar historias en vez de contar números. De todas aquellas zarandajas con las que me entretenía en un pasado tan lejano que ni siquiera formaba parte del recuerdo como si en vez de

haber existido lo hubiera estado inventando todos estos años.

Y con un solo dedo, la lengua fuera, escribió el mensaje que aparecería poco después en la pantalla de mi móvil.

«Ayer falleció nuestro excompañero de curso Pedro Valcárcel. El sepelio tendrá lugar hoy a las 13:00 horas en el ttanatorio del Paseo Marítimo. Seguro que se sentiría muy feliz si pudieras acudir a rendirle este último adiós».

Enviado a ti y a 236 usuarios más.



2.º PREMIO 2015

La fuerza silenciosa de la lluvia

Elena Marqués Núñez

Elena Marqués Núñez

Elena Marqués Núñez (Sevilla, 1968) es licenciada en Filología Hispánica y trabaja como correctora de textos en el Parlamento de Andalucía. Ha ganado algunos premios literarios («Paso del Estrecho» 2010; XV Certamen Literario «San Jorge», modalidad prosa; VI Concurso de Relatos Ciudad de Huesca; II y III certámenes de literatura basada en valores «Concha de luz»; Concurso de Cuentos «El Palais Concert y la conservación de la memoria»; V Certamen Literario del Agua; I Certamen de Poesía Social CGT-León, y VIII Premio Vivendia-Villiers de libro de relatos) y publicado en diversas antologías, especialmente en Ediciones Irreverentes y M.A.R. Editor, además de las novelas *El último discurso del General Santibáñez* (Barcelona, Ediciones Oblicuas, 2012), *Versos perversos en la cubierta azul del Matto Grosso* (Barcelona, Ediciones Oblicuas, 2014), *El largo camino de tus piernas* (Cáceres, Tau Editores, 2015) y el libro de relatos *La nave de los locos* (Madrid, Ediciones Irreverentes, 2014). Es colaboradora y administradora de Canal Literatura y ha participado como jurado en diversos certámenes literarios.

La fuerza silenciosa de la lluvia

Elena Marqués Núñez

La casa de los Sutherland es blanca y poco atractiva, apenas un cobertizo rehabilitado con tejas coloradas y un gran arce que sombrea los aledaños del porche. Está cerca de la iglesia, un poco alejada de todo, del resto del pueblo y de la carretera que lo une al mundo, y a dos pasos del camino que baja al río, por lo que los días de tormenta corren el riesgo de quedar aislados por el barro.

Puede que sea por eso por lo que Meredith Sutherland aprendió muy pronto a leer y a ilustrar sus propias historias. En la estación de lluvias, que se hacen eternas, la niña ocupa una mesa de cerezo junto a la ventana de la sala, aunque su madre le insiste en que se acerque a la chimenea «porque hace mucho frío, m'hijita» mientras el padre se debate en la parte trasera levantando diques efímeros que les eviten las humedades y las inundaciones, y en un cuaderno que

compró en el almacén del viejo señor Broderick recrea algunas escenas de lo que ha ocurrido en el colegio por la mañana. Poca cosa en general: una pelea de los gemelos Thomas por el deseo perpetuo de imponer su supremacía; las cartas de amor de Mark Stevenson a Margareth Mayweather; el cruce de miradas de la señorita Louise Armstrong y el director Brugman, por quien las alumnas de último curso suspiran con estúpida ostentación.

Esas cosas la perturban; en general, las conversaciones sobre noviazgos y matrimonios a estas alturas del siglo. «Eso es porque no crees en el amor», le reprocha soñadora Susan Lincoln, a quien ni siquiera lo insigne del apellido podrá ayudarla a encontrar un novio que la corteje y mucho menos un marido que la conduzca, por el lodazal del camino, hasta el altar de Saint Andrew.

Esa tarde Meredith ha tenido una tonta disputa con ella a cuenta de Frederick Linsen. El muchacho no es capaz de decidirse por quién de las dos le gusta más, y tal incertidumbre las mantiene en ascuas. Al menos a Susan, que ni siquiera sabe escribir en condiciones; algo que su eterna enemiga esgrime como continuo motivo para la burla.

Meredith Sutherland presume de que nunca cometió faltas de ortografía y afirma con rotunda solemnidad que de mayor será profesora, «aunque no en este pueblo mezquino a orillas del Mississippi, sino en una ciudad grande, como Charleston o Nueva York». Últimamente, con casi dieciséis años, piensa y escribe mucho sobre ello, sobre qué hará en el futuro.

También dibuja insectos y flores y se pregunta cómo, siendo el magnolio el símbolo del Estado, nunca ha visto uno por los alrededores, y sí anchurosos maizales y grandes extensiones salpicadas del copo desmigado del algodón. A veces, cuando las distintas familias se quejan de las dificultades que atraviesan, afirma que quizás se convierta en una gran científica que los ayude a salir del atolladero de la estrechez.

Ante esa afirmación Susan no tiene más remedio que reírse, porque es imposible, apuesta la cabeza, salir con vida de aquel humedal, donde la lluvia corroe los buenos propósitos y los circuitos eléctricos de los coches y hasta los títulos expedidos en cualquier universidad mediocre. Quién va a ser capaz de sobreponerse a los elementos, de vencer con cierta habilidad a lo que el destino les tiene preparado desde la creación del mundo. Y más, por supuesto, en el caso de una mujer. A veces, por ese motivo, a cuenta de esos desencuentros, terminan las dos tirándose de los pelos.

Son muchas las ocasiones en que la señorita Armstrong debe llamarles la atención, aunque siempre se pone de parte de Meredith, por sus buenas calificaciones en casi todas las asignaturas y porque se le parece a alguien que conoció en la niñez, a una niña que se asomaba a un espejo sin lustre en una casita vieja y deslucida de tejas coloradas y un arce sombreando los aledaños del porche. Ya entonces la lluvia, con su fragor histórico, desbarataba cualquier atisbo de progreso y la fe esperanzada en el porvenir.

El director bromea (siempre lo hace) sobre las ilusas preferencias de la docente porque a sus oídos ha llegado

que todo lo que escribe la jovencita de los Sutherland no son más que patrañas, y que su inútil imaginación la traslada a los libros de historia universal y que se inventa las batallas y quién sabe si, por esa mezcla de sangre que le adivina en la piel, hace ganar a los países equivocados. Él es un patriota, y no le va a consentir que cuente lo de Pearl Harbour de un modo aún más ignominioso.

Además, en el último examen de lengua, en una redacción en que los niños debían perorar sobre las tareas domésticas, Meredith ha explicado con absoluta seriedad a qué se dedican realmente en su casa, quién reconstruye una y otra vez la baranda del porche y cómo se cocinan en solitario las sopas y pucheros, y sostiene que unas meras palabras mágicas son las causantes de aquel orden y aquel concierto y eso le permite a cada uno consagrarse sin prisas a sus propios asuntos.

«Es intolerable esa actitud chulesca», bufa el director resolviendo que la niña tiene decidido arruinarle la vida. (El señor Brugman sospecha que todos están contra él, o que es el centro del universo, y a veces que no se merece este trato; ni mucho menos lo que le ha tocado en suerte.) Pero cuando pidió cita para hablar con la señora Sutherland descubrió dónde estaba la verdadera raíz del problema, pues también ella tenía sus buenos defectos de genialidad, solo que en su caso las patrañas no cobraban consistencia porque no iban más allá de los cuentos al amor de la lumbre, donde teje, a la par que las bufandas y los mitones de sus cinco escandalosas criaturas, fábulas sobre brujas de Nueva Orleans, curanderas africanas y burladoras de la muerte;

leyendas protagonizadas por extraordinarias mixturas de hombre y cerdo, de caballo y sirena, y de repente se detiene a apuntar, en el dobladillo a medio coser de una pernera del pantalón de su marido, la receta recién recordada de un mejunje para borrar las estrías y otros defectos de la piel porque nunca ha llevado bien el pequeño inconveniente de ser negra.

Ese verano es uno de los últimos que Meredith Sutherland pretende pasar por aquellos andurriales, entre baños en el río y fiestas en el cobertizo del viejo Saul Bukowski, a quien siempre, y sin ningún éxito, pregunta su procedencia con cierta brutalidad. El hombre llegó hace tanto tiempo que ni se acuerda de sus orígenes, y, si lo hace, no le parece bien airearlos, aunque está claro que tampoco la niña debe estar orgullosa de su familia, pues raras veces se la ve acompañarla a la iglesia, ayudar al padre en su lucha encarnizada con el aguacero, coser los fragmentos de lana que se desbordan del canasto de su madre en el porche a medio destruir. Ella sigue prefiriendo su mesa de cerezo y, de un tiempo a esta parte, sus visitas a la pequeña biblioteca municipal; un edificio informe que se adosó no hace mucho a los muros de la escuela donde Louise Armstrong le recomienda cada semana su buen puñado de historias y, con una osadía que alguno no le perdona, le corrige algunas solicitudes para que la joven pueda enviarlas sin vergüenza y estudiar del mismo modo desahogado entre los muros de Berkeley.

Al señor Brugman sus desvelos por aquel bicho le parecen una enorme estupidez, y cuando utiliza esos términos para su pupila la señorita Armstrong suma sus

lágrimas de impotencia al último tifón sin corolarios con que no acaba de terminarse el mundo. La profesora llora mucho y con profusión, pero lo hace frente al espejo desgastado esperando que alguna vez el tiempo le devuelva todo aquello que le robó sin ningún atisbo de piedad.

También la señora Sutherland sollozó con su marcha, aunque quién era ella para impedirsele. Después de ahogarla en un abrazo y meterle en los bolsillos algunos caramelos de arce de elaboración propia y verla vadear, por el camino hacia el pueblo, las costas negruzcas de los sempiternos charcos, recuerda cómo escapó de su casa para fugarse con aquel blanquito que se desloma desde hace lustros en la reconstrucción eterna de su hogar, y la persecución que tuvo que sufrir mucho después hasta que acabaron aposentándose en aquel pueblo donde nadie más se lanzó a curiosear en su existencia ocupados como estaban en sus propios asuntos, que eran realmente de primera necesidad: salvar las cosechas y vender a buen precio el grano, mantener la leña seca para el invierno, evitar los embarazos indeseados en las fiestas organizadas por Saul Bukowski con un propósito que a la mayoría de la población se le escapaba.

De todas formas, cuando la señora Sutherland se enteró de que en Mississippi había varias universidades y que la niña podía haberse quedado más cerca de casa, cogió un sonoro berrinche que ni siquiera fue capaz de curar con uno de sus múltiples bebedizos. Susan Lincoln se encargó de hacérselo saber, lo de la posibilidad de la cercanía y lo de la ingratitud que de aquel acto se colegía, y aunque la mulata la pagó con el mensajero

y juró y perjuró que nunca más volvería a hablarle (a Susan; a su hija la seguía queriendo con más encono si cabe por las muestras inagotables de valor y cordura), no fue aquella la última vez que tuvieron la obligación de volver a verse.

Meredith Sutherland se había debatido hasta última hora sobre qué rama del conocimiento debía escoger, hasta que la repentina enfermedad del director, al que no tenía en mucha estimación pero hay cosas que están por encima de los afectos, la acabó encaminando a los estudios de medicina. Susan Lincoln, que preparaba a conciencia su fugaz casamiento con Peter Thomas, el gemelo más procaz pero no por ello (o precisamente a causa de ello) el más conveniente para el matrimonio, le auguraba una vergonzosa vuelta que nunca llegó a producirse, o al menos no en los términos en que ella, con su débil imaginación de niña mala, le había pronosticado.

La casa de Meredith Sutherland, fea y destartalada, resistió los embates de cuantos tifones asolaron la zona justo hasta dos días antes de que la joven, ya convertida en doctora, regresara. El maltrecho señor Sutherland, siempre atento a las subidas de las mareas, que le sembraban los salientes del garaje de lubinas negras y brotes de soja a medio macerar, había descuidado las raíces del arce de la entrada, y estas acabaron por invadir el porche y adentrarse poco a poco a abrevar en la laguna del sótano.

Gracias a Dios, y a la huida escalonada de todos los Sutherland, ya solo vivía allí el matrimonio, y tres personas caben en cualquier parte sobre todo si años de

privaciones y cierta laboriosidad los han hecho amasar un buen saco de ahorros. Y como Susan Lincoln, recién divorciada, necesitaba vender su casa, un chalé coqueto extrañamente pintado de amarillo para que el sol no se fuera de sus hermosas y caras ventanas de guillotina, iniciaron el trato para trasladarse allí, donde quizás, repartiendo bien los muebles y habilitando la planta baja, podía la joven Meredith establecer su consulta.

La señorita Armstrong se mostró muy feliz con la idea y en cuanto pudo acudió a visitarla. Ligeramente engrosada tras la muerte del director Brugman, a quien ni las oraciones del reverendo Flanagan ni su traslado al hospital de Booneville lo libraron de su suerte, fue a recibirla y a rogarle la ayudara en una tarea que, desde que la ejerció con éxito sobre su pupila favorita, no se le apartaba de la cabeza. Meredith Sutherland era su primer triunfo, pero «no te vayas a creer que aquí las cosas han cambiado mucho», se le quejaba mientras la mulata traía con cuidado una bandeja con té dulce y panecillos de mantequilla sin dejar de mirar a su niñita, que había cambiado las historias locales y la recolección de plantas y de insectos por otras tareas de más utilidad, pues estaba convencida de que la joven había venido para no marcharse, y que en el bajo de la ex casa soleada de Susan Lincoln establecería una blanca consulta donde colgar su título y repartir por cajones y camillas los fonendos y tensiómetros con que a todos les arreglaría la salud.

Pero la joven aprendiz de galeno era consciente de que ella sola nada podía hacer. Es más, y aunque le costara trabajo pronunciarlo, no entraba dentro de sus

planes. La vuelta a casa era solo algo temporal, como unas vacaciones; una visita a sus padres para asegurarse de que aún seguían vivos y, si acaso, tras sufrir y llorar con ellos el naufragio y el abandono de sus hermanos, huidos a los estados vecinos con un estudiado e increíble plantel de buenas excusas, ayudarlos a instalarse en su nueva casa, que al descubrir que había pertenecido a Susan y se la habían comprado a bajo precio por pura desesperación (desesperación de Susan) cobraba para ella mayor relevancia.

Bien es verdad, reflexionaba, que es función del médico velar siempre por la salud de los hombres, y que allí más que en ningún sitio, por la humedad que se aferraba a los bronquios y los materiales de desecho con que normalmente se levantaban las construcciones, más el trabajo duro en el campo y el malestar eterno del aburrimiento que a veces los conducía en manada a la desesperación y a la locura, la salud era algo a lo que no se atendía demasiado, al menos no como en California había aprendido sobre una mesa enorme de cerezo donde a veces esbozaba, entre fórmulas químicas y dibujos anatómicos, los soñados magnolios de su infancia y juventud.

Las primeras lluvias del otoño la dejaron unos días aislada en la casa amarilla de Susan Lincoln, a la que evitaba mirar de frente por una extraña superstición. Quizás la sangre del Caribe que corría a ratos por sus venas la alertaba sobre las posibilidades de que alegrarse de una desgracia, y más aún aprovecharse de ella, solo puede acarrear nuevos infortunios.

En cualquier caso, repasando con su madre sus recuerdos y descubriendo el mapa de nombres que compuso su primera enseñanza, sintió algo parecido a los remordimientos, pues algunos de esos jóvenes, a los que había conocido casi gateando entre los pedregales verdosos de la orilla, ya tenían su buena reata de niños mocosos y el peso perceptible de que la vida les estorbaba. En aquel lugar aislado y con tan poca población el índice de suicidios se podía tildar de preocupante.

Por eso, mientras veía caer el diluvio a través de la ventana, rezaba a un Dios inexistente que lo borrara del mapa, a aquel pueblo maldito y a todos sus habitantes, pues estaba claro que resistir en una ciénaga como anfibios con camisa recolectando un algodón casi fermentado era lo menos parecido a vivir con dignidad.

Aquellos días, para acompañar lo que empezaba a ser en su madre toda una costumbre, también lloró, hasta que, armándose de valor, dijo «será mejor que me marche», con un resolución que se quedó vibrando igual que una amenaza, y la señorita Armstrong suspiró como si se desinflara y su madre siguió sollozando y su padre, desocupado desde el derrumbe, buscó en los cierres de las ventanas de guillotina algún desperfecto con que matar el tiempo.

Aun así, era imposible cumplir con sus deseos tan a la ligera porque el nivel del agua seguía subiendo y se escuchaba la crecida del río y el crujir de las raíces de los arces vecinos en su empuje febril y subterráneo. Por su parte, el huracán había arrancado concienzudamente

los postes de la electricidad y tuvieron que sacar las velas de los cajones de la cocina y rescatar las lámparas de aceite del lavadero como cuando vivían en el viejo caserón a medio construir, y, reunidos en el salón sin mitones ni bufandas que tejer y comprobando que esta vez la casa distaba del río lo suficiente como para que las olas no le horadaran los cimientos, Meredith se preguntó «qué hacemos ahora», ella que siempre supo en todo momento resolver con cierta sensación de acierto.

Entonces, en la penumbra apenas invadida por las llamas cambiantes de las velas, la luz fantasmagórica de los quinqués y los restos humosos del hogar, vio sobre la repisa su antigua libreta de redacciones, aquella que comprara en el almacén del viejo señor Broderick, que Dios tenga en su gloria, toda llena de fotografías y poemillas en ciernes y esquelas de periódico con los mejores momentos de aquel pueblo, que también los había tenido, entre fiestas, misas solemnes y ferias del ganado, y, con un poco de temor, porque algo había empezado a aprender del poder de los recuerdos, le pidió a su madre que se la alcanzara. Y, al tomarla con cierta aprensión de una esquina y ver sus manos juntas, le pareció que el tiempo se había detenido en aquella estación de tormentas y quietud; que el espacio se había disecado en una selva a punto de tragarse hasta el último acre de las undosas colinas de los campos de algodón.

A la mañana siguiente Meredith se despertó muy tarde, como si realmente esperara que el viento hubiera actuado toda la noche y barrido definitivamente aquel pueblo de la faz de la tierra. La calma se extendía sobre

los campos aunque las cortinas le impedían confirmar dónde había estado durmiendo.

Bien pudiera ser que, en realidad, aquella visita a sus orígenes, a aquel pueblo lejano y primitivo donde las mujeres seguían buscando esposos y embarazándose al final de las fiestas, no se hubiera producido sino en sueños, y que aún continuara en California buscando trabajo en el Children's Hospital Oakland o en el St. Rose de Hayward; y que, al abrir la ventana, encontraría el verdor del campus y el conocido aroma de las algas del Pacífico. Sí, eso era, un olor a té dulce que ella misma hervía en su habitación de cielos despejados y revoloteo de palmeras se le instalaba ahora entre las sábanas, el borboteo amable de las últimas gotas del tifón y el trino del ceniztle anunciando las horas matutinas.

Meredith se duchó, se vistió de domingo y bajó a desayunar al porche, donde la señora Sutherland, con sus dotes mágicas, que no habían menguado con la humedad ni con los principios inevitables de la vejez, había adivinado que igual podría convencerla. Y, si no ella, el joven Frederick Linsen, que pasaba cada mañana a la misma hora en dirección a los campos donde tenía previsto plantar soja aunque hubiera preferido probar con las vides pero «aquí ya se sabe», sonreía mirando el jirón de las nubes en el cielo e imaginando los vientres verdosos de las uvas futuras, y a veces se paraba un momento a charlar con su marido, experto en bricolaje y en cañas de pescar; afición, esta segunda, a la que ahora, en una casa recién estrenada, podía retornar sin miedo a verse interrumpido por renovadas catástrofes.

Meredith se sentó en la silla de enea y el joven Frederick Linsen, acodado en la baranda, le sonrió con ánimo, y le preguntó amablemente cómo le había ido en aquel tiempo, qué había aprendido y, por encima de todo, qué camino exento de fango pensaba ahora recorrer. «¿No quieres un té?», se limitó la doctora a preguntarle, pues le pareció que el corte de la mano no evolucionaba como debiera y se ofreció a curárselo, y le recetó un antibiótico para frenarle la infección, y, cuando el muchacho se levantó, «pues las tareas del campo no perdonan», le dijo «vuelve mañana», porque aquella herida necesitaba un seguimiento.

La mano de Frederick Linsen se recompuso por fin para bien de todos, aunque, por las extrañas evoluciones del destino y quién sabe si todo ello conjurado por algún cuento mágico al amor de la lumbre, a la curación de un miembro le seguía un nuevo golpe en otro, y Meredith se vio en la obligación, que no era tal, sino un borboteo de placer mal disimulado, de tocarlo más de la cuenta, hasta que sus dedos empezaron a recorrerle todo el cuerpo y a desabotonarle más prendas de las estrictamente necesarias para ejecutar un examen médico, y cuando se vino a dar cuenta estaba tan loca por él que había habilitado en la planta baja, en una habitación donde cabían mesa, camilla y un buen puñado de estetoscopios, una pequeña consulta a la que acabó por acudir Susan Lincoln para buscar remedio a sus reiterados ataques de ansiedad y a sus no menos visibles asaltos de arrepentimiento.

Finalmente Meredith Sutherland, entre bromas y veras, pues era consciente de la trampa en la que

caía y sus muchas ventajas y sus más que posibles inconvenientes, también dijo que sí a aquel proyecto antiguo de la señorita Armstrong (a quien, de paso, diagnosticó el problema de tiroides que la ensanchó en los últimos tiempos), sobre unas clases de educación sexual para combatir las fiestas del viejo Saul Bukowski y, por qué no, ciertas charlas de orientación para los jóvenes, a ella que se le daban también las palabras según se deducía de sus cuadernos y del discurso que le soltó a Susan Lincoln sobre los serios inconvenientes de hacer las cosas sin razonar, porque, aunque las lluvias torrenciales los habían atormentado durante generaciones y aún amenazaban continuamente con llevárselo todo río abajo, Meredith Sutherland empezaba a pensar que realmente no todo estaba perdido.



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL